

Miércoles XXIII del TO
Ciclo B



11 de septiembre de 2024

1Cor 7, 25-31

Sal 44

Lc 6, 20-26

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura Pablo se dirige a los célibes de ambos sexos, a los hombres, a las mujeres, a los jóvenes, a las jóvenes. Utiliza en griego una palabra (*parthenos*), que significa virgen, y puede ser masculina, femenina o las dos cosas a la vez. Lo que está diciendo es que la vida en comunión con el Señor permite la opción por un matrimonio verdadero, con unicidad y reciprocidad completas, o la opción por un celibato real con disponibilidad entera. El célibe, hombre o mujer, recibe un puesto escogido en una sociedad que antes no lo tenía en cuenta. El apóstol valora de este modo la pareja y el celibato.

Por lo que Pablo dice, parece que en Corinto había grandes dificultades especialmente graves, y por eso aconseja el celibato. Pero ¿por qué? Desgraciadamente no tenemos datos de a qué se estaba refiriendo, pero recientes estudios de Corinto muestran que hubo una gran hambruna a fines de los cuarenta y de nuevo en el 51 (justo cuando esta carta se escribe), la cual afectó a los pobres durante algún tiempo. Tal vez por esa razón los pobres padecían hambre en la asamblea¹. En ese caso, ¿por qué casarse, si es tan difícil obtener lo suficiente para comer, si no puedes alimentar a tu familia, a tus hijos? ¿Por qué separarse si implicaba que la mujer y los hijos sufrirían privaciones? ¿Cómo afrontar el matrimonio ante estas dificultades tan serias?

El matrimonio, les dice, no tiene el carácter absoluto que tenía en la visión judía; hay que recordar que en el mundo judío se reprobaba y condenaba la negativa a procrear y se veía como un fracasado al célibe. Ahora, el cristiano recibe la propuesta de un celibato voluntario en comunión activa con el Señor. Pablo lo aplicará, un poco más adelante, a la viudez (7,39-40)².

Lo que les está diciendo es que una vida célibe, desde la resurrección de Jesús, tiene un elevado valor moral, sobre todo al momento presente. Y es que, a partir de la resurrección de Jesús, el creyente espera sin cesar la venida definitiva del Señor, y está dispuesto a cada instante para ver abrirse paso el acontecimiento que todo lo ha de decidir. Esa preparación incesante, ese esperar y aguardar con ojo avizor, como un vigía en la cofa de un barco mirando al horizonte para divisar la tierra, es un rasgo esencial del cristianismo. Sin duda alguna que el apóstol cuenta con la venida inmediata del Señor³, aun cuando no pueda escribir nada sobre el día y la hora, y aunque el día del Señor llegará como un ladrón en la noche⁴. Vamos, que lo que importa es estar preparado, sin aparentar una falsa seguridad.

¹ Recordar el texto de 11,21

² Cfr. MAURICE CARREZ. *La primera carta a los Corintios*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1989

³ Cfr., por ejemplo, Rom 13,11; 1Tes 4,15.17

⁴ Cfr. 1Tes 5, 1-2

Pablo está llamando a la moderación en todas las facetas de la vida, sin entregarse “como posesos” a las realidades de este mundo, que nos convierten en cómicos patéticos cuando así lo hacemos, dándoles una desmesurada importancia; por cierto, una característica típica de nuestro tiempo. Y es que el terreno es superficial y engaña al superficial⁵.

En el Evangelio de Lucas nos encontramos con el discurso de Las Bienaventuranzas. Mientras que en Mateo se realiza en una montaña, aquí, en Lucas, se produce en una llanura. Lucas ofrece cuatro bienaventuranzas, tres de las cuales tienen como destinatarios a los discípulos que se encuentran en situación de pobreza: los pobres, los que tienen hambre y los que lloran conforman el mismo grupo de gente. Se trata de una misma situación dolorosa, vista desde perspectivas diferentes. A ellos se les proclama "*felices*", en la promesa de lo que recibirán.

Pero me gustaría que nos acerquemos a las bienaventuranzas desde otra perspectiva a la que normalmente estamos habituados. Digo que, normalmente, las vemos desde la perspectiva dual y un tanto egoica. Me explico. El hecho de situar la "bienaventuranza" en el futuro es característico de una conciencia dual y egoica. El ego únicamente puede pensar en la felicidad, si la proyecta hacia un futuro imaginado, si la proyecta al “más allá”. (De hecho llamamos “Bienaventuranza final” al estado de ser en el cielo). El cielo, piensa nuestro yo, será el resarcimiento de todo dolor y pena: “*Maestro qué tengo ¿qué hacer para ganar la vida eterna?*”. Este modo de pensar no sólo es característico del yo, sino que, desde ese nivel de conciencia, el más allá es visto como "justicia definitiva": al fin, cada cual va a recibir lo merecido; o dicho desde cierta filosofía del siglo XX, "los verdugos no terminarán triunfando sobre las víctimas". Por eso es que, en esa misma clave, se leían las "malaventuranzas" que Lucas coloca a continuación, en el texto que estamos comentando. Se trata del reverso exacto de las cuatro situaciones previamente descritas, y comienzan con un "¡ay!", que era un lamento funerario.

El cambio no vendrá como consecuencia de la promesa de un premio o de la amenaza de un castigo, sino porque se incrementa nuestro nivel de comprensión hoy y ahora. En ese sentido, las bienaventuranzas de Lucas lo que nos dicen es que todos compartimos la situación de todos. Pero no porque, en un futuro, se cambien los papeles, sino ya ahora en el presente. Nuestro problema es que no lo reconocemos.

Creo que creciendo en esta comprensión, es decir, a través de la transformación de la conciencia, nuestro comportamiento con respecto a los otros se modificará, porque habrá cambiado nuestra percepción de la realidad.⁶

⁵ Cfr. OTTO KUSS. *Carta a los Romanos. Cartas a los Corintios. Carta a los Gálatas*. Ed. Herder. Barcelona, 1976

⁶ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *Somos “bienaventurados” al descubrir quiénes somos*. En www.feadulta.com